

EL ABRAZO Y LOS SABERES

FELIPE ANGEL

Esas filosofías han sucumbido menos a la argumentación que a la experiencia empírica de hasta dónde se llega con ellas.

Hegel

Del origen la función; de la función las características prácticas; de las características prácticas el rol social; del rol social la permanencia; de la permanencia la prosperidad si cumple el origen de su función o, por decirlo así, la Edad Media si no; he ahí el periplo de la existencia del cuerpo de saberes.

Las características prácticas difieren del rol social en cuanto que lo generan; el médico, porque se las ve con el dolor o la salud o la muerte ajenos, ocupa un lugar en el conglomerado que difiere de aquel que tiene el panadero que, por antiguo y sabroso que sea el producto de su función, poco aleja o acerca o enfermedad o muerte o dolor, lo cual establece una prioridad del rol social del saber curar por encima del saber hornear. El rol social da, de por sí, permanencia a un saber; lo convierte comportamiento, institucionalidad, posicionamiento social y, vaya, vaya, sueldo mensual.

Veces varias un saber ha permanecido como rol social aunque ya no cumpla otra función que la de permanecer. Dos ejemplos: uno, en el ámbito de la Edad Media el saber escolástico, no un siglo, segregó a todo otro saber cualesquiera fuese, ingenieril, médico, náutico, astronómico, agrícola y demás; dos, la burocracia se instaló como un saber administrativo que no en ocasiones mantuvo la inerte vigencia del Imperio Otomano durante varios siglos y simplemente vegetó sin permitir el progreso que otros saberes bajo el brazo traen.

Hoy los roles sociales de casi todos los saberes impiden, o casi, el avance de este tal o cual saber. Doy dos ejemplos; los otros los buscas si no logras evitarlo o si te da por ahí; la prosperidad no solamente pelecha entre lo que aburre. Va mi primer ejemplo: lleva 23 años el profesor de biología enseñando ese íntimo Darwin que ahora los del Ministerio alegan que no sirve para nada y dizque es al revés y, no, señores, ecología o no ni crean que voy a invalidar toda mi vida de maestro, ni más faltaba; biología es biología y ya.

En adelante busca en tu entorno diario ejemplos de cómo el rol social impuesto por el imperio de la costumbre opaca, menoscaba, un dado saber, sea o no el del arquitecto tan afecto al *Avant Garde* que el afán guarde de interrumpir su solaz al dispuesto a decirle que esa vaina servir, lo que se llama servir, tal vez hoy no; sea este o aquel; ya los verás. Es decir, si los miras.

Iguales la hoja y la respiración, la Tierra Madre y el Padre Sol, pared o bravucón; iguales lo que estuvo, está y estará; iguales los saberes; todos nacen, crecen y mueren. Los saberes de hoy no fallecen solos; los preceden agua y viento, suelo y sal, aliento y ejemplo, lo par e impar, veloz chita o lento oso perezoso, en ese orden o en otro.

Los actuales saberes patinan décadas cuando no siglos en el intento de expoliar la última gota de petróleo, el último nutriente del suelo, la última manada de fauna no civilizada y así por las distintas tierras van mientras lo logran. Poco queda

de natura en tal sitio, el de aquella que dejó huella, el tuyo o el mío. Cada vez más, un día por la tarde y el siguiente por la mañana, ese cuerpo de saberes de época va careciendo de resultados; incremento de la falta de resultados en el cumplimiento de su rol social; incremento con la insistencia no del desvarío casual sino de la paulatina extinción del cauce, del oro, de la ilusión, del alce, del suelo o del carbón.

Parte grande de los saberes actuales padece esa situación. La normalidad de época es el relato que extravía los demás relatos. El relato de nuestra época es el del mercado cuando avasallador. Por más que los actualices tus artefactos no te satisfacen; por más que cumplan bien o muy bien aquello para lo cual hechos están y para lo cual se adquieren, te causan desazón después de la segunda semana o tercera. Teléfono, vibrador, zapato o computador o auto, el de la propaganda, el último modelo, el que no tienes no cesa de ser mejor que aquel que usas y que no necesitas cambiar; ni siquiera usas o conoces todas sus funciones; grande, en efecto, grande como un vestido grande te queda el permanentemente invalidado, el

que por ello te disgusta ser mientras eres. El constante venderte lo uno y lo otro, esto y lo de más allá, trae el correlato permanente que precio y aprecio *rebaja* en lo que todavía sirve y lo convierte, digo IPod, triciclo o tractor, en algo que ya no sirve porque hay uno nuevo y no porque no sirva. *Rat race*, le apodan en Estados Unidos.

Elpreciado menester humano llamado *esperanza* juega *rat race*; esperanza de un teléfono *mejor* y, claro, lavadora, microondas, refrigerador, cortinas hasta llegar al candor. La *esperanza* devino institucionalidad íntima que desestima lo que tengo, que rechaza la vivencia completa ya que si yo tuviera, yo, caracho, ese BlackBerry y no este de sólo tantos o cuantos pixeles, este mío que no sirve para nada, en este mismo momento me levantaría de esta mesa, iría donde ella, a su lado me sentaría y, qué cosa, sería simplemente *capaz* de hacerlo. Que ni teléfono ni elogio, que ni vituperio ni vestido, me hagan menos mío.

En el imperfecto amanecer de algún Australopiteco, en el supuestamente perfecto atardecer de esa o ese alguien nacido décadas después de este día en que esto escribo y, por supuesto, hombre, Felipe, también en este día en que lo repienso y escribo, en toda época durante la vigencia de su día la gente constata cuál saber respeta su origen funcional. Un indicador inapelable lo dictamina: la satisfacción que trae la pronta resolución de la necesidad que al mundo trajo ese saber en forma de rol social. Las palabras de Hegel lo plantean en estos términos: “Esas filosofías han sucumbido menos a la argumentación que a la experiencia empírica de hasta dónde se llega con ellas”ⁱ.

Hasta dónde se llega con este o ese otro saber refiere la diaria constatación comunitaria de que le es funcional para soliviantar una parte de lo que la satisfacción del día demanda. El saber de los mecánicos automotrices es funcional cuando, al salir, el auto o la moto no se vara del mismo daño por el cual al taller entró o cuando el cirujano de los ojos, en efecto, no agrega ceguera sino que quita miopía; ambos convierten su

respectivo saber en una validación por el funcionar claro y constante del organismo vivo que es la comunidad.

Hasta dónde se llega con un saber que postula una rueda cuadrada se determina cuando la comunidad trata de andar sobre ella; los vericuetos matemáticos, la fineza argumental de la economía, la sólida capacidad cuando decidida medicina o los abismos lógicos de la filosofía, etc., útiles como son no validan un saber dentro de la comunidad. Sólo lo validan para aquellas personas en él especializadas; no trasciende como normalidad de época, no le dice cosa alguna a la gente no especializada en él pero que usa ese saber.

¿Qué es usar un saber? Al escribir esto uso el saber del arquitecto, pues en una casa estoy; el del ingeniero eléctrico que tal trae hasta el uso que hago del saber del ingeniero de sistemas al disponer de mi computador; el saber del optómetra pues lentes porto; el del que confecciona telas y el del que las diseña y el del que las vuelve cobija y pijama pues no

desnudos estamos mi cama y yo; el saber del educador ya que escribiendo estoy, etc., sin mencionar los saberes involucrados en el transporte que a mi hogar ello y aquello aportan. Una pregunta: ¿de estas cosas cuál lograríamos fabricar tú o yo? No para el especialista sino para la comunidad esa es la verdad de los saberes: su uso. Ah, olvidé el saber de quien fabrica colchones; en mi cama redacto estas nociones.

Hegel lo llama *realidad real*. Llamémoslo así porque, qué le vamos a hacer, la vaina es así. Debajo del entramado por el que establecemos rutina y amor, confianza, ronquido, deudas y rencor; debajo del día a día de cada quien que Rubén Darío me enseñó a llamar *la tienda del día; debajo de la tienda del día rueda la realidad real*.

La almohada para ser y la cama para estar demandan un saber que ese ser construyó almohada, un saber que lo transportó, uno que lo vendió. Pasa lo mismo con el cepillo de dientes y el hilillo de jugo tierno que te gusta y con el tornillo y el carro y

el aguardiente; así con cada cosa que usas. Muchos saberes, cómo no, agrupados en ese miembro del cuerpo de saberes que llamo Brazo Instrumental; el que por mano tiene los saberes técnico-tecnológicos, los saberes administrativos por codo y por hombro los saberes económicos.

El Brazo Simbólico, lo que al espíritu da vida primero y validez después, la otra manera de ser y estar que posee un saber, además de la forma colectiva de su uso, refiere lógicas comunitarias vueltas rap y ciencias sociales, refiere el arte abstracto y los cánticos que alientan en el Pascual al América de Cali, el mito refiere y la pelea familiar. Tan añejo como su par y no más ni menos pendejo pero, y esto lo distingue, parecido a lo que de la ortografía del día falta o sobra, veces hay en las cuales este brazo quieto se queda ante el empuje del otro brazo; se queda como de perfil, como lo que arremeda el fluir interrumpido.

Este Brazo Simbólico del cuerpo de saberes; este íntimo vocablo aprobatorio o censorio; este íntimo poder dejar de beber versos, poder dejar íngrimo solo a Omar Kayam, sin nadie que lo anime ni le rime: *Bebe, Omar Kayam*; este flujo mental proviene de lo que establecido sientes como lo que ya es y será así siempre y deje de ser tan cansón y de buscarle pelos al gato. Se trata de ese saber que sabes y debido a que lo sabes resulta para ti módico; el saber del ta, te, ti, to, tú; el que cuando estás solo es casi nada o nada según lo que de ti mismo amas sin vanaglorias ufanas; el que resulta todo o casi todo cuando con otros estás; saber bufón agrandado cuando determinas lo que a tu oyente place y lo mimas y ya no sabes lo que sabes o no lo dices.

Emana el Brazo Simbólico también de otra clase de saber; emana asimismo del saber que de ahí se fuga, igual a quien huye del ají; emana del saber que se da en la soledad. Así a la soledad encierres y nunca visites, ella titila en el último cerrar los ojos antes de conciliar el sueño o en el recuerdo que eludes metódicamente y que presenta su no ido pánico o amor en el

abánico del detalle al escuchar esa melodía, al movilizarte entre una multitud y distinguir una falda igual a aquella falda que hace milenios no ves contonear por aquella mujer, una curva en tal carretera donde no la besaste y ahora piensas que ella tampoco, en fin, ya lo sabes, en esas perfidias de un arte que en dos parte dentro de ti lo que por vocación evolutiva es un organismo vivo y sano, no dos ni herido: tu mundo interior.

De sí ella o él, de ellos y ellas mismos y mismas, algunas y algunos saben que ignoran o sencillamente ignoran ese inmenso fragmento que de ti escondes y de nadie más, amarrado o amarrada a la disculpa según la cual así procedes para esconderlo de los demás. Hablo de ese saber cuyo objeto de estudio es uno mismo, ese ineludible, peor aún, ese irredimible tratarse a uno mismo dentro de uno mismo; mal o bien conocerse. En la continuidad de ese acto íntimo, el más íntimo posible, está lo que está un paso antes de lo infinitamente cerca, que estableces como un saber, el saber que cada quien tiene de sí. Los demás saberes siempre llegarán a ti cubiertos por el velo vivencial de tu mundo interior.

Esta ineludible intimidad con los saberes, vuelta un saber por la continuidad de ser tú mismo, se convierte en una perspectiva que regula la miopía con la cual se perciben los demás saberes; lo regula porque eres y es tu ritmo. Los respira. Pero no sólo tú respiras ni únicamente tuya la clase de mundo interior que eres; colectiva es la ineludible intimidad de mi Yo con Yo, colectiva pero no menos mía como sucede con lo históricamente construido por el sudor y el jolgorio, por el error y el rigor. La intimidad es colectiva en cuanto normalidad de época interiorizada, no en cuanto sensación personalizada Yo con Yo de cada quien.

Dos brazos y tres caras, o sea el Brazo Instrumental y el Brazo Simbólico y la cara tripartita de uso, especialización y mediación íntima, es la corporalidad de época con cual la comunidad se relaciona con los saberes. Usas los que ignoras; especialización con que reducir reduces los horizontes mediante el embudo de sólo uno, uno único, aquel horizonte del que no solamente especialista eres sino que eso, en buena medida, eres; sí, que eres: el ser y el saber se adhieren en una

misma piel, la tuya, la mía, la del sisma y la del fiel, la del que fía y la del cruel; es la piel que cubre dos cuerpos, el tuyo y el de la corporalidad relacional de los saberes. Así eres, así soy, somos así, sí, señor, sí, señora. La boca siamesa, no por loca sino porque es la lengua de época, asevera: *Soy* ingeniera, *Soy* abogado, *Soy* antropóloga, *Soy* médico y las demás maneras del ser que asume el saber.

Usar y reducir tamizados por el saber del mundo interior individual; lo que sabes respecto a ti, expresado en la forma en que te tratas, es lo que taza verdad y amplitud vivencial de cualquiera cosa de las que sabes. Esto no cambia tal o cual saber; total desdén el de este o aquel saber por transformarse según la vigencia del vaivén individual de los traumas o de los placeres. Los saberes no; otra cosa cambia. ¿Qué? Aparece la posibilidad de abrazarte a ellos, aparece otra posibilidad distinta a lo que de uso pasa, que ellos con sus dos brazos te abracen de tal manera que aseguren presos tus brazos y cojera impongan a tu movilidad sicológica. Eso cambia: ahora los saberes no piensan por ti mientras los usas; ahora mientras los

usas los piensas, tal vez, y en esto no hay ojalá, con o sin alarde de juez si por ahí te da entre la calma y la tarde.

ⁱ Ver Angel, Felipe. Apuntaciones hegelianas.
http://issuu.com/marcosgasparutti/docs/apuntaciones_hegelianas